

»Cuando os llevaba en mi seno, cierto día oré con fervor á la Virgen María: se me apareció durante el sueño y me pareció que con una celestial sonrisa me presentaba un niño pequeño.

»Cogí el niño que me presentaba y cuando lo tuve en mis brazos, la Virgen María puso en mi cabeza una corona de rosas blancas.

»De ahí á pocos meses viniste al mundo y la dulce vision siguió constantemente presentándose á mi vista.»

Al decir estas palabras la mujer de cabellos blancos se estremeció y estrechó contra su corazón á la joven.

Algunos días despues una alma santa vió dos formas luminosas que se remontaban al cielo, y un coro de ángeles que las acompañaban haciendo resonar el aire, con cantos de triunfo.

Vivimos como en tiempo de Cromwell en un siglo de reforma: si entonces se notaba mas moralidad y conviccion en las almas, ahora se echa de ver mas mansedumbre y dulzura en los espíritus. El puritanismo dista mucho de esa paz y de esa armonía que la filosofía religiosa de Mr. Ballanche ha introducido en el cristianismo.

KILLING NO MURDER.—LOCKE.—HOBBS.—DENHAM.—HARINGTON.—HARVEY.—SIEYES.—MIRABEAU.—BENJAMIN CONSTANT.—CARREL.

El folleto mas célebre de aquella época fue el denominado *Killing no murder* (matar no es asesinar). Su autor el coronel republicano Titus invita en una dedicatoria irónica á su alteza Oliverio Cromwell á morir por la dicha y la libertad del pueblo inglés. Desde la publicacion de este escrito no se volvió el protector á sonreír, y comprendió que estaba abandonado del espíritu revolucionario que le habia dado su grandeza. Aquella revolución que lo habia tomado por guía, no se acomodaba á reconocerlo por dueño. La mision de Cromwell estaba terminada: su país y su siglo no necesitaban de él: el tiempo no se detiene para admirar la gloria: sirvese de ella y pasa adelante.

He leído (tal vez en Gui-Patin) un hecho curioso en que nadie ha fijado la atención: el doctor afirma que *Killing no murder*, fue escrito primeramente en francés por un noble de Borgoña.

Loke considerado como poeta, hizo muy malos versos en honor de Cromwell; Walter los habia hecho muy buenos.

La bajeza de la lisonja, que sobrevive al objeto de la adulacion, no es mas que mera excusa de una conciencia enferma; se exalta un poder que ya no existe para justificar el pasado servilismo. Cromwell fue traidor á la libertad que lo habia engrandecido: si el resultado de su traicion hubiese podido pasar por inocencia; si prostituyendo hasta á la posteridad ese resultado le hubiera impuesto cadenas; si esa posteridad, futura, esclava, hija de una esclavitud pasada, pudiera por medio del soborno llegar á ser cómplice del primer tirano afortunado ¿á dónde iria á parar el derecho? ¿Dónde estaria el precio de los sacrificios? Siendo el bien y el mal no mas que relativos, desaparecería toda moralidad de las acciones humanas.

Por otra parte ¿quién querría defender la santa independencia y la causa del débil contra el fuerte, si el valor, expuesto á la venganza de las vilezas del presente, estuviera además expuesto á la reprobacion del porvenir? El infortunio sin voz llegaría á perder hasta el órgano de la queja y los dos grandes abogados del oprimido, la probidad y el talento, tendrian que enmudecer.

Hobbes realista, por aversion á las doctrinas populares, se arrojó á un extremo opuesto: todo lo derivó de la fuerza y de la necesidad. Reduciendo la justicia á una funcion del poder, no atribuyendo su ori-

gen al sentido moral, no echó de ver que la democracia tenia tanto derecho como la *unidad* á partir de ese mismo principio.

La sociedad, que marchando por su pendiente natural se iba encaminando hácia el establecimiento del gobierno popular, no retrogradó con el sistema de Hobbes, no obstante los excesos de la revolucion inglesa, ni se detuvo en su marcha sino por la influencia de Luis XIV, que le atajó el paso con su gloria. Hobbes proclamaba el escepticismo como los filosofos franceses del siglo XVIII, pero lo enseñaba con tono imperioso y con toda la arrogancia dogmática. Quería que el mundo creyera lo que él no creía, y predicaba la duda con fueros de inquisidor. Su estilo tiene energía y su Tucídides no ha merecido caer en tanto descrédito. Aquel titulado espíritu fuerte era el mas pusilánime de todos los hombres, y solo el pensamiento de la muerte le hacia estremecer: la naturaleza lo condujo hasta la edad de noventa y dos años para entregarlo á la muerte como desvanecido, como el enfermo que en medio de un desmayo queda sometido al bisturí del operador.

Todavía conserva algo de celebridad Sir John Denham en su poema descriptivo de Cooper's Gill. Tambien este autor fue realista y agente en Londres de la correspondencia de Carlos I con la reina, cuando Cowley lo era en París: las musas prestaban sus servicios á la ternura conyugal y á la desgracia.

La *Oceana* de Harington es una repeticion de la *Utopia* de Tomás Moro. ¿Dónde se encontrará un gobierno perfecto? En *Utopia*, en ninguna parte como el nombre lo indica.

Harvey publicó su descubrimiento de la gran circulacion de la sangre. Ningun médico en Europa que hubiese llegado á cuarenta años de edad, quiso admitir la doctrina de Harvey, y este perdió muchas visitas en Londres, solo por haber descubierto una tan importante verdad. Harvey fue alentado por Carlos I y le permaneció fiel. Servetó quemado en *efigie* por los católicos, y en *persona* por Calvino habia indicado la circulacion de la sangre en el *pulmon*: culpa fue del siglo que un sabio como Servetó se convirtiera en un hereje vulgar, á quien otro hereje arrojara á la hoguera.

Por lo demás hablando de los folletos ingleses puramente políticos, es preciso conocer que aun no estando infectados de la jerga teológica de aquella época, lo cual es raro, se quedan á inmensa distancia de las investigaciones modernas francesas. Exceptuando Milton, ningun publicista de la revolucion de 1649 puede compararse con Sieyes ni con Mirabeau, ni con Benjamin Constant, ni mucho menos con M. Carrel. Este último, como escritor enérgico, sólido, hábil y lógico refleja en su estilo algo de la elocuencia positiva de los hechos: su modo de decir es hueco al par que grave: es por decirlo la historia revelada por los monumentos.

MILTON.

SU NACIMIENTO. — COLEGIO.

Entre una multitud de prosistas y poetas, durante los borrascosos reinados de Carlos I y el Protector, descuella la hermosa cabeza de Milton. ¿Donde estan los contemporáneos de ese ingenio, los Cowley, Walter, Denham, Marvel, Suckling, Crashaw, Lovelace, Davenant, Wither, Habington, Herbert, Carew y Stanley? Exceptuando dos ó tres nombres de esos ¿que lector francés conoce los demás? El *Genio del cristianismo* habla razonablemente del *Paraiso Perdido*. Tenia que hacer pública penitencia por lo concerniente á varias de mis apreciaciones de Shakespeare y del Dante, pero ninguna reparacion tengo que hacer por lo relativo al hombre cuyo poema ha dado moti-

vo á mis investigaciones sobre la literatura inglesa: no me falta ya mas que desarrollar los motivos de una admiracion aumentada por el exámen mas detenido de aquella obra maestra. Viéndome obligado á tener que fijar mas detenidamente la atencion en las bellezas que intentaba hacer pasar al idioma francés, he tenido ocasion de apreciarlas mejor perdiendo al

mismo tiempo la esperanza de reproducirlas como yo las concebía.

Milton no existía: de nadie era conocido: su número saliendo de la tumba como una sombra, vino á preguntar al mundo por qué razon se le tenia en tal olvido. Lleno de asombro el mundo fijó los ojos en aquella gran sombra y preguntó si en realidad el au-



CARLOS I.

tor de doce mil versos olvidados era inmortal. La vision brillante y magestuosa le hizo por de pronto bajar los ojos, y luego el mundo se prosternó ante ella y adoró. Entonces fue preciso saber lo que habia sido ese secretario de Cromwell, ese apologista del regicidio detestado de unos y despreciado de otros. Brevemente principió á investigar hechos por lo tocante á la *estatura y fisonomía de Milton*: esa fisonomía era altiva y valía no menos que la de un monarca.

Una maldicion pesaba sobre la noble familia de Milton, despojada de su fortuna durante las guerras civiles de la Rosa encarnada y la Rosa blanca; el padre de Milton era protestante y su abuelo católico; este desheredó á su hijo y la maldicion del abuelo, saltando una generacion, vino á grabitar sobre la cabeza del nieto.

El padre de Milton, establecido en Londres, donde desempeñó una escribanía, se casó con Sarah Caston

